

Escritores médicos, médicos escritores y médicos que escriben

Rafael Ramírez Camacho

A nadie le sorprende escuchar: «Hay muchos médicos que escriben». Lo excepcional es el hecho de que tantos importantes escritores, sean o hayan sido médicos. Por lo menos, a mí me ha llamado poderosamente la atención.

La elección de un título tan largo responde a un interés por desentrañar si es real la pulsión creativa de una profesión que, con frecuencia se manifiesta en la palabra escrita. Ello no quiere decir que sean raras otras profesiones con alta dedicación a la creación literaria; periodistas, licenciados en humanidades, historia, parecen tener un cauce más predeterminado hacia la escritura que la del médico que tiene un destinatario –el sujeto enfermo– y una metodología absolutamente alejada de la literatura.

El título que definiera la invitación a hablar de ESCRITORES MÉDICOS, MÉDICOS ESCRITORES Y MÉDICOS QUE ESCRIBEN, permite indagar y fusionar las dos actividades a las que he dedicado toda mi vida.

Mi interés por la literatura y con ella, por las Humanidades, no se reduce a un simple análisis de la producción literaria de mis colegas a lo largo de la historia. Como estudioso de la biología humana y de sus alteraciones, mi interés radica en la existencia de circunstancias favorables o no, del análisis de las conexiones que relacionan ambas actividades. El método que he empleado es la búsqueda en las palabras de los propios autores a través de sus libros. Podría deducirse que la atención hacia el ser humano sano y los mecanismos que producen la enfermedad, pudiera predisponer a introducirnos en las profundidades de la persona que refleja la creación literaria. Ya veremos que la cuestión es más complicada.

Palabras clave: Médicos. Biografías. Autores literarios. Literatura.

Fecha de recepción: Octubre 2016

Seminario Médico

Año 2017. Volumen 62, n.º 1. Págs. 65 - 84

He de agradecer la publicación de Fernando A. Navarro aparecida en *Ars Médica* (2004; 1:31-44) titulada *Médicos escritores y escritores médicos* que, en buena medida, ha inspirado este trabajo.

Personalmente, aunque he escrito y he pintado desde los tiempos en que vivía en Jaén, nunca he pertenecido a esas asociaciones de Médicos Artistas o Escritores que existen en nuestro país y en otros cercanos. Siempre intenté evitar la sensación que me produce pensar que la dedicación al arte suponía un refugio ante la incapacidad para conseguir las metas científicas deseadas.

No; mi propósito era dedicarme con la mayor atención posible a intentar curar a los pacientes dentro de la especialidad que había elegido, enseñar a mis alumnos de mi disciplina desde mi puesto universitario y buscar el futuro de la salud desde el laboratorio de investigación animal que me honro en dirigir desde hace treinta años. Ello no excluye que haya podido presentar una o dos exposiciones de pintura al año desde hace unos veinte, y haya publicado libros de novela y ensayo, enfrentado al competitivo mundo de los pintores y escritores profesionales.

Quiero convencerme que, cuando soy médico, sólo soy médico; pero que cuando escribo, me centro totalmente en el oficio olvidándome de cualquier cuestión científica. Discúlpennme esta referencia personal pero no quería hurtarles la motivación del tema que hoy nos ocupa.

Al analizar la obra de escritores relacionados con la medicina, sorprende encontrar un número enorme de personalidades que escribieron de forma paralela a su labor profesional, mientras que otras abandonaron la Medicina para dedicarse a la creación literaria, sin excluir a un número ingente que cumple con la necesidad de un médico con inquietudes, como es la comunicación de su experiencia, observaciones o reflexiones, relacionados con el tema al que dedicó su vida. Sobre estas posibilidades he organizado este estudio. La división pudiera establecerse así:

Médico escritor

Es el profesional de la Medicina que la ejerce y, además, dedica parte de su tiempo a la creación literaria alcanzando un puesto preeminente en ambas actividades. Los médicos-escriitores son aquellos profesionales capaces de simultanear con equilibrada intensidad y dedicación, profesión y vocación literaria, o vocación literaria y profesión, como ejemplos destacados de profesionales y científicos capaces de alcanzar las más altas cimas en cualquiera de las actividades de que se ocupan.

Figuras como William Carlos Williams, Sigmund Freud, Gregorio Marañón, Céline, Alfred Döblin, João Guimarães Rosa, Miguel Torga, Axel Munthe, Mariano Azuela, Archibaldo José Cronin, Carlo Levi, Luis Martín-Santos, Gottfried Benn, Jaime Salóm, Alfredo Juderías, Pedro Laín Entralgo, Juan Rof Carballo, José Antonio Vallejo Nájera, Antonio Herrera Casado, José Luis Miranda, etc., etc., son figuras relevantes dentro de la literatura que, sin embargo, vivieron por y para la Ciencia médica con excepciones punteras como la del gran **João Guimarães Rosa** (1908-1967), creador de la moderna literatura brasileña y dedicado como político y embajador a defender la figura de su país en el mundo. Su novela «*Gran Sertão. Veredas*» influyó decisivamente en la literatura experimental en portugués. He leído la obra de este y otros autores con la mayor atención buscando, sobre todo, las novelas de aprendizaje en las que los autores suelen deslizar experiencias personales que descubren la motivación o rechazo ante la actividad que eligieron en un principio. Presiones familiares, necesidad de ganarse la vida, ilusiones incumplidas, etc. he rastreado en estos escritos

William Carlos Williams (1883-1963) es un poeta, prosista y dramaturgo norteamericano, además de pediatra, que introduce en su obra el habla coloquial inglesa con lo que consigue una concisión expresiva en sus escritos lo que permite un sentido coloquial que lo hace accesible a la lectura. Fue condiscípulo de los poetas Ezra Pound y Hilda Doolittle. Su frase «Un mundo nuevo no es más que un nuevo modo de pensar», define su vocación creativa.

¿Qué decir de **Sigmund Freud** (1856, Příbor, Moravia,- 1939, Londres)? Posiblemente sea una de las personalidades más decisivas en el análisis que el ser humano hace sobre sí mismo. Las doctrinas de Jesús, Freud, Gandhi, y Marx configuran la realidad humana actual como ningunas otras. Bien es cierto que el autor se ve obligado a escribir para transmitir sus teorías científicas que iban a transformar el ideario que el ser humano tiene de sí mismo. Sólo la edición en español de sus obras completas (Editorial Amurrurtu, B. Aires), comprende 23 volúmenes, pero sus escritos están difundidos por todo el mundo. Al margen de las críticas actuales a sus teorías como sistema de trabajo, es indiscutible la influencia trascendental en la cultura y en la psiquiatría en particular, del siglo XX. Literatura, cine, pintura, etc. han recibido las influencias de este gran médico. Freud fue un médico neurólogo austriaco de origen judío, padre del psicoanálisis y una de las mayores figuras intelectuales del siglo XX, quien al margen de su trabajo diario junto al paciente tiene una ingente obra literaria entre las que destacan *Estudios sobre la histeria*, *Totem y Tabú*, *La Interpre-*

tación de los sueños, Psicopatología de la vida cotidiana, Tres ensayos sobre la sexualidad, etc.

Más cercano a nosotros y también apabullante en cuanto a una obra ingente, es la figura de **Gregorio Marañón** (1887-1960). Parece mentira que un hombre que mantuvo en vida una intensa labor profesional en el hospital (director del viejo Hospital del Rey, nombrado director del antigua Clínica Puerta de Hierro de los Dominicos, cargo que no llegó desempeñar, pero por encima de todo fue médico de beneficencia del Hospital Provincial de Madrid, hoy Hospital General Universitario Gregorio Marañón, donde en 1911 fue adscrito a su petición al servicio de enfermedades infecciosas.), en la consulta privada, diputado (Junto a José Ortega y Gasset y Ramón Pérez de Ayala firmaron un manifiesto con el título de «Agrupación al Servicio de la República», a la que luego se incorporaría Antonio Machado) quedándole tiempo para escribir 38 libros de Medicina, 19 de Historia y 19 de pensamiento. Asombrado por su prolijidad, tuve la oportunidad de preguntar a otro médico escritor con el que tuve una feliz convivencia y que fuera secretario de don Gregorio y editor de sus obras completas para la editorial Espasa-Calpe, el recordado Alfredo Juderías, por la capacidad de trabajo de nuestro admirado autor. Me dijo que Marañón se definía como un «traperero del tiempo» porque, al igual que éstos, iba tomando de aquí y allá pequeños espacios de tiempo que el resto de los humanos desaprovechamos, para elaborar la gigantesca obra a que me he referido.

Gregorio Marañón y Posadillo fue médico endocrino, científico, historiador y escritor, cuyas obras en los ámbitos científico e histórico tuvieron una gran relevancia internacional. Durante un largo período dirigió la cátedra de endocrinología en el Hospital Central de Madrid. Autor de obras como *Gordos y flacos* (1926), *Tres ensayos sobre la vida sexual* (1926), *Amiel. Un estudio sobre la timidez* (1932), *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo* (1936) Tiberio. Historia de un resentimiento (1939) *Don Juan. Ensayo sobre el origen de su leyenda* (1940) *Elogio y nostalgia de Toledo* (1941) *Ensayos liberales* (1946), entre otras muchas obras.

Louis-Fernidan Auguste Destouches (1894-1961), conocido en el mundo literario por su seudónimo **Celine**, es, para mí, el escritor francés más importante del siglo XX después de Marcel Proust. Su novela *Viaje al fin de la noche* representa un violento alegato contra las guerras y la sociedad descompuesta del periodo entre guerras. Lo expresa crudamente en esta cita de este libro fundamental: «Os lo digo, infelices, jodidos de la vida, vencidos, desollados, siempre empa-

pados de sudor; os lo advierto: cuando los grandes de este mundo empiezan a amaros es porque van a convertirnos en carne de cañón». En 1927 abrió un consultorio particular, que no funcionó, por lo que tuvo que trabajar como ayudante de un dispensario en Clichy. Escribió tres panfletos belicistas y fue acusado de colaboracionismo durante la ocupación nazi en Francia, pasando más de un año en prisión. Más tarde, en 1950, fue condenado a un año de cárcel y declarado desgracia nacional en Francia, a donde no regresará hasta 1951 tras ser amnistiado. Siguió trabajando como médico para desfavorecidos hasta su muerte provocada por un aneurisma cerebral, el primero de julio de 1961.

Otra de las sorprendentes figuras que destacan en el apartado de médicos escritores es **Alfred Döblin** (1878-1957) psiquiatra y escritor alemán, de origen judío polaco y nacionalizado francés desde 1936. Su obra *Berlín Alexanderplatz* es imprescindible para conocer la capital alemana de 1929. Como *El Hombre sin atributos* de Robert Musil donde se describe la Viena de entre siglos, el *Ulises* de James Joyce para conocer Dublin, el Nueva York del *Manhattan Transfer* de John Dos Passos, la gran obra de Döblin expresa la vida de la ciudad donde convive con los grandes impulsores de los movimientos artísticos del momento mediante el uso de técnicas futuristas, cubistas y expresionistas de su generación (Otto Dix, Kirschner, Grosz, Beckmann, Nolde, Kokoschka) cuyas inquietudes comparte e incorpora a su obra. Döblin que vive de su puesto de médico de la seguridad social, mantiene una personalidad controvertida: Judío, se convierte al cristianismo, socialista convencido, abandona al partido como protesta, se define a sí mismo como «autor de la burguesía» y se confiesa marxista heterodoxo. En la actualidad ha sido traducida al castellano su magna obra sobre la Guerra del 14. En resumen, es uno de los escritores más incómodos e insólitos de la literatura universal.

Otro personaje a destacar es el laringólogo y psiquiatra vienés **Arthur Schnitzler** (1862-1931), cuya obra va conociéndose en España en los últimos años. Su autobiografía de juventud, *Jugend in Wien*, publicada en 1968, describe un friso humano imprescindible para conocer las motivaciones de un juerguista y mujeriego estudiante de Medicina, influido por un padre famoso al que teme y admira, para elegir entre la literatura y el cuidado de los pacientes, actividades que compagina durante mucho tiempo en un periodo de especial brillantez en el Imperio Austro-Húngaro anterior a la Primera Guerra Mundial.

Schnitzler muestra gran interés por el erotismo, la muerte, la psicología y la crisis social de entre siglos en un centro cultural como Viena. Fue más admirado por Sigmund Freud, quien lo conoció personalmente,

que lo que él sintió por el padre del psicoanálisis al que consideraba demasiado rígido y encorsetado. En su afán por profundizar en la complejidad psicológica de sus personajes, fue uno de los primeros autores de lengua alemana en hacer uso de la técnica del monólogo interior, en obras como *El teniente Gustl* (1900) o *La señorita Else* (1924).

Muchas de sus obras han sido adaptadas al cine y la televisión, por directores tan conocidos como Max Ophüls (*Liebelei, La ronde*) o Stanley Kubrick (*Eyes Wide Shut*).

Schnitzler se licenció en Medicina el 30 de mayo de 1885, y empezó a ejercer la profesión ese mismo año, como médico asistente en el Hospital General y en la Policlínica, de la que era director su padre. Desde noviembre de 1886 fue ayudante del psiquiatra Theodor Meynert, uno de los maestros de Sigmund Freud, e investigó acerca de las posibilidades de la sugestión y la hipnosis para curar la afonía. Empezó viajes de estudios a Berlín y a Londres (en 1888). En 1893, poco después de la muerte de su padre, Schnitzler abandonó la Policlínica y abrió una consulta privada. La sátira que hace del ejército en su obra *El Teniente Gutl* (1900) hace que sea expulsado del ejército y el éxito que le proporciona el mismo año, el texto *Berta Garlan*, hace que abandone definitivamente la medicina y se dedique a la literatura. Es un prolífico autor de 48 obras dramáticas, 58 relatos (desde cuentos a novelas), 3 libros de ensayos, 1 libro de aforismos, 1 libro autobiográfico (*Jugend in Wien* 1920)

¿Cuál fue la motivación del médico frustrado llamado Schnitzler? Según reconoce, fue el ejemplo, admiración y presión de padre: «*Mi padre porque, dadas su naturaleza, su profesión y sus aspiraciones –estas últimas, a pesar de su incansable actividad científica y periodística, perseguía sobre todo el éxito ostensible, y los honores externos, y de ningún modo ganar mucho dinero– estaba enteramente centrado en sí mismo y era autosuficiente*» (*Juventud en Viena (una autobiografía)*, pág. 45), repitiendo más adelante «*que me permitió encajar sin excesivo dolor las repetidas reprimendas de mi padre, que con toda razón me reprochaba mi falta de seriedad científica*» (*Ibidem*, pág. 283)

No es de extrañar que el futuro escritor se planteara abandonar la Medicina al reconocer que «*no podía evitar pensar en mi profesión, o más bien en la convicción de que carecía tanto de la verdadera voluntad como de verdadero talento para ejercerla. A la vez, para colmo, también me faltaba –o así lo creía– la versatilidad necesaria para desempeñar una actividad literaria con auténtica libertad bajo el peso de las impresiones que recibía como médico*» (*Ibidem*, pág. 343) pese a cuyas dudas motivadas por la ausencia de una idea clara sobre su

destino, llegara a ser uno de los escritores más importantes y prolíficos del paso entre los siglos XIX al XX en un punto donde resplandecía la inteligencia como era la Viena de la época. Pese a ello, la figura del médico-escritor vienés representa un punto intermedio entre el médico escritor y el escritor médico a que me refería al principio.

La lengua portuguesa tiene grandes figuras dedicadas a la Medicina que no han tenido un reconocimiento proporcional a sus méritos. Sobre todo, me refiero a **Miguel Torga**, seudónimo de Adolfo Correia da Rocha (1907-1995), otorrinolaringólogo, que se me antoja merecedor del Premio Nobel para el que estuvo propuesto en varias ocasiones, que galardonaría a Saramago, con tantos o más méritos que éste. Iberista convencido, conoce la literatura y el paisaje español a los que ama, sobre todo, a la obra de Unamuno, y echa en falta el conocimiento mutuo entre ambas naciones.

Sus *Diarios* y, sobre todo *La Creación del Mundo*, resultado de un viaje en 1939 por la España destrozada tras la guerra civil, son escritos imprescindibles para conocer a este autor. El libro fue acusado por la PIDE por filocomunista aunque él nunca se vinculó a partido alguno, como escribe en su diario, y fue secuestrado por la censura de Salazar. Detenido y encarcelado durante meses en la ciudad de Leiria y luego en la prisión de Aljube, de Lisboa, solo se pudo volver a publicar a los treinta y dos años, en 1971. Los escritos de Miguel Torga han sido traducidos a 16 idiomas.

Dramaturgos como **Jaime Salóm** (1925-2013) médico oftalmólogo y exitoso escritor de moda en los teatros de Madrid y Barcelona durante la última mitad del siglo XX, autor de obras como *La casa de las Chivas*, *La playa vacía*, *La noche de los cien pájaros*, *Viaje en un trapecio*, *Los delfines*, o mi amigo **José Luis Miranda** (1939), rehabilitador y médico de empresa, poeta y dramaturgo acaparador de los más importantes premios de teatro de la capital, cuyas obras se estrenan continuamente por los actores y actrices más reputados en los principales teatros de Madrid, son ejemplos de médicos en ejercicio que realizan una importante labor literaria a la altura de cualquier profesional de las Letras. Miranda tiene un manejo de los recursos teatrales fuera de lo común. Lástima que la desilusión ante las interferencias externas al teatro detengan en este momento su producción literaria.

Escritores médicos

son aquellos hombres que recibieron alguna vez una formación universitaria en la Medicina pero que la abandonaron para profundizar en su dedicación a la Literatura. Unas veces por la suposición de un

error en la elección de la profesión, ya que muchos acuden a la Medicina como forma de aproximarse al hecho humano, otras, ante el fracaso profesional, otros, tras el desmedido éxito popular obtenido en sus escritos que cada vez les exigen una dedicación exclusiva e incompatible con la vocación inicial.

No es de extrañar que el médico afgano, pero formado en USA, **Khaled Hosseini**, (Kabul, Afganistán 1965) abandonara la ciencia médica ante la extraordinaria difusión de las novelas que lleva publicadas hasta la fecha, *Cometas en el Cielo*, *Mil Soles Espléndidos* y *Si las Montañas Hablaran*, han conseguido millones de lectores (y de ingresos) en todo el mundo pese a su juventud. Estudió en la Facultad de Medicina en de California de San Diego, donde se licenció en 1993. Hizo su residencia en el Hospital Cedars-Sinai de Los Ángeles y trabajó como interno de 1996 a 2004, abandonando después la Medicina.

Próximo a nosotros, se encuentra el ejemplo de **Pío Baroja** (1862-1950). Su libro *El Árbol de la Ciencia* permite conocer el desencanto que el joven estudiante encuentra en la práctica médica de su momento. El ambiente deprimente y sórdido de las facultades y hospitales de beneficencia donde recibe lecciones de profesores ensoberbecidos en su propia ignorancia, justifica el abandono de una profesión de la que no explica el motivo de su elección. Baroja no se recata en arremeter incluso contra figuras tan interesantes como José de Letamendi, resaltando sus partes negativas sobre los valores de un polifacético creador de su tiempo. El caso de Pío Baroja es totalmente cercano y explícito de una actitud personal que se desarrolló en un contexto nacional que no deja de criticar:

«La acción de la cultura europea en España era realmente restringida» (El Árbol de la Vida, pag. 17), denunciando que *«el pragmatismo nacional cumple su misión mientras deja paso libre a la realidad; pero si se cierra ese paso, entonces la normalidad de un pueblo, se altera, la atmósfera se enrarece, las ideas y los hechos toman perspectivas falsas»* (ibídem, pag. 16), lo que repercute en una postura personal escéptica que expresa *«Empezó a pensar si la Medicina no serviría para nada»* (pág. 5), conociendo a médicos dedicados en exclusiva a su profesión a los que también critica y desprecia.

«El médico, hombre estudioso, había llegado a dominar el diagnóstico como pocos. Fuera de su profesión no le interesaba nada: política, literatura, arte, filosofía o astronomía; todo lo que no fuera auscultar o percutir, analizar orinas o esputos, era letra muerta para él» (pág. 61), considerando que de Medicina *«la verdadera moral del estudiante estribaba en ocuparse únicamente de lo médico, y fuera*

de esto, divertirse. A Andrés le preocupaban más las ideas y sentimientos de los enfermos que los síntomas de la enfermedad» (pág. 61), actitud en la que coincide con Schnitzler. También, comparte la afición por los devaneos amorosos: «*Como desde el principio, no me había dedicado a la carrera de Medicina sino con desidia»* (pág. 142), su ocupación fundamental era la de los enamoramientos pasajeros Sigue «*La vida de aquel joven médico, poeta y vividor que, en la medicina, la poesía y la vida, era un chapucero en los malos momentos y, en los buenos, como mucho un dilatante; cuyo talento no conocía nadie y él mismo apenas sospechaba; al que rodeaban docenas de amigos sin serlo del todo de ninguno de ellos, y muchas jóvenes y mujeres, sin que ninguna perteneciera del todo a él, que, por supuesto, se sentía insatisfecho»* (pág. 323).

Pero el maestro indiscutible de la literatura mundial reciclado tras su paso por el arte de curar es **Antón Chéjov** (1860-1904). Formado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Moscú entre 1879 y 1884, poco tiempo más tarde abandona la práctica para publicar relatos humorísticos. Ese fue el inicio de un dramaturgo prodigioso cuyas obras se siguen representando en la actualidad con gran éxito de público, pero, y sobre todo, autor de relatos dotados de inmediatez y ahorro de lenguaje que los hace ser reconocidos como modelos del cuento corto actual. Autores como Carver y Bolaño lo reconocen como maestro. Como dramaturgo escribió cuatro obras, y sus relatos cortos han sido aclamados por escritores y crítica.

Comenzó a estudiar Medicina en la Universidad de Moscú. En un intento de ayudar a su familia, Chéjov comenzó a escribir relatos humorísticos cortos y caricaturas de la vida en Rusia Se hizo médico en 1884. Chéjov compaginó su carrera literaria con la medicina; en una de sus cartas escribió al respecto: «La medicina es mi esposa legal; la literatura, sólo mi amante». Sin embargo, con el paso del tiempo, elegiría a ésta como su ocupación definitiva.

Dejó de escribir obras teatrales después de la mala acogida que tuvo su obra *La gaviota* en el año 1896 en el estatal (imperial) Teatro Alexandrinski de San Petersburgo. Sin embargo, esta misma obra tuvo un gran éxito en el año 1898, interpretada por la compañía Teatro del Arte de Moscú de Konstantín Stanislavski, por lo cual representó también *Tío Vania*, *Las tres hermanas* y *El jardín de los cerezos* que hoy en día se siguen representando en los escenarios de todo el mundo.

Al principio Chéjov escribía simplemente por razones económicas, pero su ambición artística creció, introduciendo innovaciones que han influido en la evolución de los relatos cortos. Su originalidad con-

siste en el uso de la técnica del monólogo, adoptada más tarde por James Joyce y otros escritores del modernismo anglosajón. Rechaza el moralismo de la literatura precedente y se atiene a la realidad descarnada. No le preocupaban las dificultades que esto planteaba al lector, porque consideraba que el papel del artista es plantear preguntas, no responderlas.

Las limitaciones del espacio de que disponemos impiden detenernos en figuras históricas trascendentales como **François Rabelais**, **Friedrich Schiller** o **José Valentim Filho da Almedida**, de los que pocos conocen su formación como médicos.

John Locke (1632-1704), era médico práctico formado con Sydenham y Boyle, que ejerció la Medicina durante un tiempo escribiendo tratados sobre su profesión como «*Morbus*» y «*Methodus Medendi*», en los cuales expuso su idea de la medicina y sus discrepancias con la medicina de la época, la galénica y la paracelsista o bien la escolástica y la alquimista. En «*Morbus*» propone una tercera vía: la enfermedad es producida por principios seminales o por mezcla de partes. Sin embargo, es mucho más conocido como diplomático, teólogo, economista, profesor de griego y de retórica, y alcanzó renombre por sus escritos filosóficos, en los que sentó las bases del liberalismo.

Nombres tan populares mundialmente como **André Breton**, fundador del surrealismo y autor de obras emblemáticas como *Manifiesto Surrealista*, *Los Pasos Perdidos*, *Antología del Humor Negro*, y libros de poemas como *Fata Morgana*, *Martinica*, *Encantadora de Serpientes* y muchas otras obras escritas en solitario o en colaboración con personajes como Paul Eluard, René Clair, etc., no llegó a terminar sus estudios de medicina debido a la Guerra Mundial.

Arthur Conan Doyle (1858-1930) médico y escritor escocés es el autor del reconocido de la serie del detective *Sherlock Holmes* pero agavilla más de cuarenta libros entre los que destacan *Cuentos de Terror* o *El Perro de Baskerville*. El escritor escocés es capaz de mantener en sus escritos una emoción constante que explica el éxito obtenido entre los lectores. Son libros de consumo pero elaborados con una extraordinaria calidad literaria.

Pocos conocen que **Margaret Mitchell** (1900-1949) fue la autora de la famosísima *Lo que el viento se llevó*, por la que recibió el premio Pulitzer en 1937, popularizada por la versión cinematográfica interpretada por Clack Gable y Vivian Leigh. La autora había iniciado la carrera de Medicina en el Smith College aunque luego abandonó para dedicarse al periodismo y la literatura.

Hans Carossa (1878-1956) estudió Medicina en Munich, Wurzburg y Leipzig. La mayor parte de sus obras son autobiográficas reflejando su experiencia de médico desde el punto de vista del Humanismo cristiano. *El final del doctor Burger* (1913), cuenta cómo muere un médico desilusionado por la impotencia de la lucha contra la enfermedad. Publicó luego *Diario rumano*, (1924), *El médico Gion* (1931); *Guías y compañeros* (1935). Son de destacar sus poesías, influidas por Rilke y *Una infancia* (1922), y su continuación, *Transformaciones de una juventud* (1928), de fondo autobiográfico. En *Mundos desiguales* (1951) intenta explicar su situación en la dominación nazi. Su última novela fue *El día del joven médico* (1955). El estilo que emplea puede parecer anacrónico al lector del siglo XXI pero el auténtico degustador de la literatura se deja envolver por la admirable construcción estilística y argumental como una joya a disposición de todos. Recibió numerosos premios literarios entre ellos el Goethe en 1938. Aunque se mantuvo al margen del nazismo, su situación fue controvertida en algunos momentos. Lamentablemente, sus traducciones al castellano son de la década de los cuarenta, no reeditándose en español después.

Robin Cook (1940-?) termina sus estudios de Medicina en la Universidad de Columbia y realiza el entrenamiento médico en Harvard. Desde 1970 comienza a escribir de temas médicos anticipándose a las actuales preocupaciones por las células madre. En su novela *Shock* de la que dice: «Escribí este libro para dirigir el tema de las células madre, que el público de verdad no sabe nada sobre ello. Además de entretener a los lectores, mi meta principal es que la gente se interese en algunos de estos problemas, porque es el público que últimamente debería decidir de qué forma abordar algo tan ético como cuestionar la investigación con células madre».

Ha tratado temas como ha explorado temas como donación de órganos, ingeniería genética, reproducción asistida, fecundación in vitro, negligencia médica, turismo de salud, y trasplantes, vendiendo en todo el mundo más de 100 millones de ejemplares con numerosas adaptaciones al cine y televisión.

No hay que olvidar autores tan populares como **Frank G. Slaughter**, (1908-2001) que ejerció la medicina como cirujano en el Hospital Riverside de Jacksonville de 1934 a 1942, para dedicarse por entero a la literatura siendo uno de los autores americanos de mayor éxito con más de sesenta millones de ejemplares vendidos con títulos tan conocidos como *Hombres de blanco*, *El Velo sagrado*, *La Venus del cuadro*, etc

William Somerset Maugham, considerados como los más importantes de su época y que no han faltado en ningún hogar medianamente aficionado a la lectura

Ernst Weiss (1882-1940) estudió Medicina en Viena, tras lo que viajó a Berna, Berlín y Praga donde trabó amistad con Franz Kafka. Hijo de un oftalmólogo reconocido, su obra muestra las dificultades para el desarrollo de la verdadera vocación en contraposición a la figura del padre-ogro al que admira y teme. El principio de su novela *El Pobre Derrochador*, dice: «Para mí, escribir fue siempre un gozo prohibido». Döblin lo reconocerá «*Las cosas se van deslizándose sin roces a través de su sencillo lenguaje. Mas que una novela es una narración; el libro informa, y uno tiene la sensación (gran alabanza) de que todo podría ser verídico*». La traducción al español procede de la segunda edición publicada en 1967 en Alemania. Su novela *El Testigo Ocular*, sobre Hitler, hace que la obra de este escritor judío fuera censurada en su idioma. El día 15 de junio, día en que las tropas alemanas entraban en París, se suicidó en la ciudad que lo había acogido, como su amigo Stefan Zweig hizo en Petrópolis.

Mijaíl Bulgákov (1841-1940) es una figura excepcional. Nacido en Kiev, en 1916 se graduó en la facultad de Medicina de la Universidad de su ciudad para luego, junto con sus hermanos, alistarse en el Ejército Blanco. Ejerce su profesión hasta 1919, en que se ha convertido en morfínmano intentando mitigar los dolores producidos por las heridas de guerra. En «*Morfina*» describe la convivencia con la droga. En 1932, Bulgákov se desposó por tercera vez, con Yelena Shílovskaya, quién sería la inspiración del personaje Margarita en su novela más famosa. Durante la última década de su vida, Bulgákov continuó trabajando en *El maestro y Margarita*, escribió obras de teatro, críticas y relatos e hizo varias traducciones y dramatizaciones de novelas. Muchas de ellas no fueron publicadas y otras fueron *destruidas* por la crítica.

Bulgákov nunca apoyó el régimen soviético, y se mofó de sus deficiencias en varias de sus obras, lo que le supondría diez años de ostracismo. La mayor parte de sus escritos permaneció en los cajones de su escritorio durante varias décadas. En 1930 escribió una carta a Stalin solicitando permiso para emigrar de la Unión Soviética si es que ésta se negaba a valorarlo como escritor. Como respuesta recibió una llamada personal del propio Stalin, pidiéndole explicaciones acerca de su petición.

La novela satírica *El maestro y Margarita*, publicada por su esposa veintiséis años después de su muerte, en 1966, es la que ha otorgado la inmortalidad literaria a Bulgákov. En opinión de muchos, es una

de las mejores novelas del período soviético, junto a *El Doctor Jivago* de Pasternak, aunque mucho más rompedora y sugerente. La novela contribuyó a crear varias frases hechas en lengua rusa, como por ejemplo, «*los manuscritos no arden*». Un texto del maestro, destruido, constituye un importante elemento de la trama y, de hecho, Bulgákov tuvo que volver a escribir la novela de memoria, tras haber quemado el manuscrito él mismo.

Se trata de una novela de concepto surrealista y rompedor con una presencia constante del Diablo, que pone a su autor a la altura de uno de los escritores míticos de la época como es Robert Musil. Detalles sobre su profesión sanitaria aparecen en el libro de relatos breves *Notas en los puños*. Muchos cuentos suyos, narran las primeras aventuras médicas de un joven graduado en Medicina dando testimonio del destino rural que tuvo el escritor, con su anecdótico personal de partos, amputaciones, traqueotomías y fracasos clínicos.

La gran figura de la narrativa portuguesa contemporánea es **Antonio Lobo Antunes** (1942). Psiquiatra de formación y médico militar de profesión, asiste a las guerras de Angola. Posteriormente, abandona la Medicina para dedicarse en exclusiva a la novela y al periodismo. Ha sido candidato en diversas ocasiones al premio Nobel. Su extensa obra tiene títulos imprescindibles como el *Tratado de las pasiones del alma* (1990), *El orden natural de las cosas* (1992), *La muerte de Carlos Gardel*, (1994), *Manual de inquisidores* (1996), *Esplendor de Portugal*, (1997), *Exhortación a los cocodrilos*, (1997), *No entres tan deprisa en esa noche oscura: poema* (1999). *¿Qué haré cuando todo arde?*, (2001), *Buenas tardes a las cosas de aquí abajo* (2003), entre otros muchos. Lobo Antunes retrata las escenas cotidianas con una mezcla de surrealismo, lirismo y cotidianeidad que lo hacen un autor imprescindible para entender al país luso en su momento actual. Su prosa es exquisita y envolvente y obliga al lector a un seguimiento hipnótico del tema tratado. Cada vez que he entrado en sus libros, Lobo Antunes me ha conducido a un submundo desconocido aunque pueda existir, del que me cuesta trabajo salir, como una pesadilla que deja intranquila la mente durante un buen rato.

Médicos que escriben

La comunicación es consustancial con la Medicina. Fuera del magisterio directo que proporciona la trasmisión del Arte Médico, completando la lección aprendida en el Aula, la Medicina se aprende leyendo experiencias, teorías, o hallazgos que otros hicieron. Desde el principio de las tiempo; en los albores de la Medicina como ciencia inci-

piente que se trasmite al discípulo y luego al alumno. La enseñanza de la medicina «de largo», esto es, la científica heredada de los médicos-filósofos de la Antigüedad, y la medicina «de corto» incorporada a través de la experiencia de los cirujanos sangradores y sacamuelas que un día se incorporan al campo de la Ciencia, para contribuir al Arte de cuidar a los semejantes, se trasmite a través de la escritura. Está bien aprender del ejemplo de los predecesores, pero el conocimiento del saber acumulado a través de los siglos es lo que diferencia al aprendiz del científico. Es decir, el médico tiene una larga y antigua experiencia en el método de decir lo que precisa. Además, ha desarrollado una capacidad de observación que sobrepasa los cometidos propios de la profesión para mirar hacia la humanidad que lo rodea. Ambas circunstancias hacen que el médico comunique experiencias, observaciones e ideas mediante la escritura mediante la que se comunica con sus semejantes.

Hoy en día es inconcebible el médico activo que no publica. Existen miles de revistas médicas que recogen investigaciones, casos nuevos y reflexiones de médicos de todo el mundo. En USA existe un dicho que dice «*publish or perish*». En un mundo cada vez más competitivo y en el que el profesional debe conseguir financiación para sus investigaciones, el hecho de publicar es una necesidad imperiosa a la hora de conseguir fondos. Pero no sólo es eso; es el sistema para transmitir el conocimiento y las experiencias de cada uno a los iguales. Tal vez no sea el sistema más correcto para evaluar la actividad de un científico pero puede ser el menos malo.

Los libros suponen la transmisión de una experiencia totalizadora sobre el tema tratado. La invención de la imprenta revolucionó la expansión de los conocimientos como nunca antes había ocurrido. Puede que los medios digitales desplacen al papel algún día, pero ello no dejará de ser otra manera de comunicar la experiencia escrita.

Todo médico tiene una tendencia a dejar sus conocimientos, experiencias y aportaciones a los sucesores. Y ello se consigue a través de la comunicación escrita que salva las barreras del tiempo y el espacio.

En el propio Jaén existe una buena cosecha de excelentes clínicos que transmitieron experiencias profesionales o personales a través de la palabra escrita. Figuras como las de **Bernabé Soriano de la Torre** (Jaén, 1842 - Madrid, 1909), médico y filántropo, figura sobresaliente del siglo XIX, reconocido como el «médico de los pobres», o **Rafael Martínez Molina** (Jaén, 1816-1888), por no remontarnos al judío **Juan del Prado**, nacido en Lopera en 1614, uno de los más sobresalientes heterodoxos del judaísmo hispano portugués, cercano a una figura

tan reconocida como la de Baruch Spinoza. Por evitar una revisión histórica y remitirnos a figuras contemporáneas, es preciso consignar a **Fermín Palma**, cirujano general que deja interesantes estudios históricos sobre personajes nacidos o activos en Jaén, como *Vida y Obra del Doctor Benito García de los Santos. Secretario de Jaime Balmes*, o *Vida y obra del doctor Martínez Molina: anatómico y cirujano del siglo XIX*, entre otras muchas, **José María Sillero**, reconocido maestro de la medicina jiennense, que deja una amplia muestra de su conocimiento médico y social en innumerables artículos en revistas médicas y en el Instituto de Estudios Giennenses, **Francisco Luis Redondo**, autor de la novela *Las increíbles vidas de Roberto Cienfuegos* y, tal vez, el escritor más creativo entre los nacidos en Jaén, del que el profesor José Biedma escribiría al referirse a sus relatos cortos: «*Lo que hay en estos encantadores relatos es la reflexión inteligente de un médico y profesor, culto y maduro, ofrecida limpiamente en un castellano transparente, sobrio y correctísimo*». Redondo es autor de una frase definitoria de la escritura actual, «en literatura, o se hace exactitud y claridad, o se hace belleza», susceptible de encendidas discusiones. **José Luis Robles Martín, Benito Rus Morales, Rafael Ocaña Contreras, Antonio Salido Sánchez, Diego Jerez Justicia y Carlos Gutiérrez Aguilera** son otros miembros de la intelectualidad médica de Jaén que dignifican con la comunicación de las experiencias personales e inquietudes intelectuales a la medicina de mi tierra. Entre ellos he de destacar la figura del doctor **José Antonio Rosell Antón**, reconocido otorrinolaringólogo y curioso de las facetas de una especialidad que se ocupa de los órganos de los sentidos, que ha dejado análisis fundamentales para el entendimiento de creadores fundamentales en la Historia del Arte mundial. «*Entrevista apócrifa a un sordo genial*» sobre Goya, o sus prometidos estudios sobre Beethoven, muestran la inteligencia en la indagación de los conocimientos patológicos que proporcionan explicaciones fundamentales referidas a las artistas que las padecieron.

He dejado para el final de este apartado la figura de **Andrzej Szczekliki** (Cracovia 1938-2012), figura señera de la investigación inmunológica, clínico reconocido que le hizo ser reconocido con numerosos Doctorados honoris causa a lo largo del mundo, autor de más de 500 artículos científicos publicados en las revistas con mayor factor de impacto y que aún tuvo tiempo para escribir libros esenciales para el abordaje humanístico de la Medicina de los que se han publicado en España (Editorial Acantilado) *Catarsis. Sobre el poder curativo de la naturaleza y el arte* (2010) y «*Core. Sobre enfermos, enfermedades y la búsqueda del alma de la medicina*» (2012).

Más cercano es el ejemplo de mi amigo y compañero durante toda mi vida estudiantil y profesional, **Justo García de Yébenes**, neurólogo y una de las máximas figuras en el manejo de los movimientos anormales (Parkinson, etc) que, en sus textos *La Vía Láctea* y *David y Goliat*, muestra sus justas discrepancias con un sistema administrativo como el que tenemos que desperdicia la inteligencia, demostrando la persistencia en nuestro tiempo del tópico exabrupto de Millán Astray frente a Unamuno.

Oliver Sacks se autodenomina como autor de best-seller y neurólogo. Autor de libros tan conocidos como *Despertares*, *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, o *Veo una voz*, describe sus casos con poco detalle clínico, concentrándose en las vivencias subjetivas del paciente.

Notas sobre la creatividad

Una vez respondida la primera interrogante de este escrito relativa a la existencia de una valiosa expresión de la Literatura entre los profesionales de la Medicina, se puede pasar a una segunda pregunta que intente explicar tal asociación.

Uno de los problemas más ampliamente abordados en el análisis del pensamiento desde el inicio de la filosofía griega es la de la Creatividad. ¿Cuál es la razón para que diversas personas sean capaces de intentar organizar el mundo que los rodea, de indagar en contradicciones y debilidades, aportando ideas y experiencia en busca de hacerlo mejor?

La Creatividad es función propia y exclusiva del ser humano; pero no de todos. La mayor parte de las personas se reducen en representar el papel que el tiempo y sus circunstancias les tenían reservado. Sin embargo, algunos elegidos se atreven a «robar el fuego de los dioses para entregarlo a los humanos»: son los filósofos, los artistas, los científicos que buscan dentro de sí, esto es, dentro de un mundo en el que viven, para intentar ordenar un caos particular y con ello, ofrecer a sus semejantes un equilibrio resultante del desequilibrio que ellos mismos indujeran. T.S. Eliot escribía que cuando se produce una nueva obra de arte original e importante, todo el cosmos previo de la historia debe reajustarse para corregir las mutuas influencias, como si apareciera un nuevo planeta en el universo. La *Odisea* atribuida a Homero es diferente tras la publicación del *Ulises* de J. Joyce o *Las Meninas* de Velázquez son vistas con otros ojos tras la serie del mismo nombre de Picasso.

¿Qué mueve al escritor que se enfrenta con la página en blanco con la intención de crear otras vidas que no son la suya (o tal vez sí), en las

que introducir personas y situaciones ajenas, procedentes en mayor o menor medida de lo que es su propia experiencia por vivida o por leída o tal vez imaginada, capaces de interesar a un hipotético lector? ¿Cómo ordenar los sonidos que no le son propios ni exclusivos, presentes en la mente del músico que los fija en su partitura? ¿Qué pretende pintor o escultor frente a la realidad del soporte material en que pretende dejar impresa una falsificación que debe convertir en real y verdadera? ¿Y el arquitecto? ¿Y el cineasta? ¿Y el poeta que indaga dentro de sí el misterio de la palabra que entrega a los demás?

En un principio, cualquier persona debería ser capaz de materializar las intenciones que lleva dentro para comunicarlas a los demás –en un número variable cuyo valor no implica cantidad- dotándolas de la realidad que les presta utilidad para él y para el otro a que está destinado. Es el mecanismo universal de la comunicación. El problema reside en que son pocos los que están dotados de la capacidad de creación que hacen que su introspección añada una pequeña o gran aportación al edificio cultural que comparten los seres humanos. Si a ello se le añade la necesidad de manejar un medio de comunicación, se entiende la escasez de creadores originales que entran en la nómina mundial.

Con diferencias derivadas de la educación recibida, la cultura residual (: aquello que se sabe cuando se olvida lo que se estudia), y buenas dosis de voluntad, sería previsible que el humano encerrara dentro de sí la capacidad para la creación original que pudiera modificar un futuro vital, al tiempo que alterar en mayor o menor medida, el medio en que vive.

Sin embargo, no es así. Desde un punto de vista puramente estadístico, son pocas las personas que reúnen las condiciones necesarias para conseguir una creación original en el más amplio sentido y acepción del término.

¿Qué se entiende como creación original? La posibilidad de extraer de uno mismo un punto de vista nuevo, aunque pueda y deba estar motivado por el conocimiento de todo el devenir histórico previo, capaz de modificar las condiciones presentes y servir de soporte para un futuro. Entiéndase ello en cualquier aspecto de la actividad humana.

En la gran mayoría, los seres humanos son dados a repetir actitudes y aptitudes recibidas por educación, por herencia o por cultura, lo que los lleva a cumplir con las previsiones sociales que se esperan. Ello no es malo; es la sociedad que influye en el medio que nos rodea. Costumbres, imposición familiar, oportunidades sociales, modas, presión económica, son los motores que mueven el desarrollo de cada persona. Numerosos estudios sociológicos miden las condiciones que la sociedad impone al individuo.

Ocasionalmente, alguien se aparta del grupo. Con motivo de estímulos exteriores o de un irresistible desasosiego interior, personas que pertenecen a la masa (en el sentido de Ortega) se distinguen de ella para rebuscar en su interior una faceta singular que ofrecer a los demás. Este punto es clave, ya que la creación lleva implícito un carácter comunicador; la creación que no establece nexo de unión con, al menos, un interlocutor, carece del sentido social que la caracteriza.

Entendida bajo una infinita graduación, los casos sobresalientes en los creadores son capaces de modificar el medio donde se encuentran dando lugar a un reequilibrio de las tensiones que configuran la sociedad. Esta no es más que una ampliación del sentido de la obra de arte genial a que se refería T.S. Eliot.

Artistas y científicos constituyen esa rama prometeica de la sociedad establecida de la que se desprenden, para robar el fuego del conocimiento a los dioses y luego traspasarlo a los humanos. Por más que las circunstancias, a partir del siglo XVIII se hayan empeñado en separar la ciencia y el arte, el carácter de creatividad que las une, se resiste a la escisión.

J. A. Marina detecta el momento preciso en el que el niño es capaz de invertirlos pronombres personales para entender «yo» cuando la madre dice «tú», momento que ocurre antes de los tres años. Ese es el punto en que la persona se singulariza y se distingue del medio en que se desenvuelve y, por ende, cuando es capaz de modificarlo. Es el proceso básico de indagación de las propias contradicciones en las que el hombre dotado del don de la creatividad es capaz de ordenarlas para entregarlas a los demás, y no sólo ello, sino también los objetos de su curiosidad, las dudas que lo atenazan, la extrañeza ante reacciones y actitudes propias y ajenas, la crítica de cuanto antecede, los miedos pánicos ante sí mismo y ante cuanto lo rodea, son motores que mueven esa capacidad creativa que elige medios específicos para expresarse por uno u otro camino.

Ya estoy desvelando las hipótesis que motivan estos escritos.

Pero al llegar a este punto, se nos plantea una pregunta. ¿Por qué son los médicos (entre otros) quienes tienen tal aptitud hacia la escritura creativa? ¿Hay algún vínculo entre la actividad profesional y la dedicación compartida? Paniker dice: *«Yo no acepto la distinción entre ciencia y arte; van por caminos distintos pero intuyen algo parecido. Hay tres cosas que me parecen fundamentales: la curiosidad intelectual que te mantenga vivo el espíritu crítico; la fe o lo que defino como una confianza en la realidad que no te es hostil y, sobre todo, que te enseñen a aprender a aprender»*. Todas ellas son circunstancias que mueven al científico o artista creativo.

Tanto el investigador (y, por desgracia, pocos médicos lo son) como el artista, han hecho su razón de vida del hecho de encontrarse al borde del abismo. Uno y otro son conscientes de no conocer las metas que se proponen; unos en el laboratorio frente a su hipótesis, otro ante la página en blanco, el lienzo sin mancha o el teclado de su instrumento musical, saben que disponen un medio de expresión que, de tener resultados, mejorará la vida de sus semejantes como seres sociales que son. Al fin y al cabo, el médico es una persona que vive para los demás; los otros son su razón de existir.

La creatividad puede resumirse en esta intención: «Que este mundo sea mejor porque yo pasé por él», en mayor o menor grado, dicho con la máxima humildad. Ese podría ser el propósito de cualquiera que se sienta creador. Indagar en las propias obsesiones puede dar lugar a producir cambios en la sociedad que la hace evolucionar a mejor. Con todas las dificultades metodológicas que pocos conocen, al margen del propio creador. En la invención no existe la casualidad, sino el trabajo duro, la capacidad de reconocer los errores, y el tanteo ante las diferentes opciones.

Investigadores y artistas son conocedores y testigos de su tiempo de cuanto realizaron las generaciones anteriores; unas veces para completarlo, otras para rebatirlo. Aristóteles, Hipócrates, San Agustín, Colón, Leonardo, Montaigne, Spinoza, Franklin, Edison, Ramón y Cajal, Einstein, Picasso, Adriá, Zuckerberg, y tantos otros, han modelado el tiempo que les tocó vivir, gracias a la profundización en las propias obsesiones, para mejorarlo y dar lugar al que ahora nos acoge.

¿Puede cualquier persona ser creativa? En principio sí, por ser humano. Pero nada es fácil. Todas las figuras citadas en este escrito han sido capaces de tener las condiciones requeridas para la creatividad. A saber: Confianza en sí mismo, Flexibilidad, Capacidad de asociación, Capacidad intuitiva, Imaginación, Capacidad crítica, Curiosidad intelectual, Libertad, Entusiasmo, Profundidad, Tenacidad.

Si usted no las reúne, no pierda las esperanzas, ...pero lo tiene difícil.

Posiblemente no he podido contestar a las razones íntimas que han hecho que tantos médicos se hayan convertido en escritores sobresalientes. Tal vez, no existan los medios necesarios para indagar en la condición humana que explique tal hecho. Sin embargo, la lectura de las propias motivaciones que muchos de ellos dejaron en sus escritos, se presenta como una actividad apasionante que intenta desvelar tal circunstancia.